

Sexualidad y Piel.

Paola Pasquali.

Policlínica Metropolitana, Calle A-1, Urbanización Caurimare, Caracas-Venezuela.

Como gusto ver
amada indolente
de tu cuerpo
hermoso
cual temblante tejido
destellar la piel

Charles Baudelaire
(1821-1867)
«Le serpent qui danse»

La sexualidad es parte integral del ser humano y debe ser vista como el encuentro de genitalidad, reproducción, lenguaje, erotismo, entorno, afecto, cultura. Lugar del rito y del mito, es también el espacio del tabú, la trasgresión y la culpa.

Con visión reduccionista, insistimos en discriminar la sexualidad del anciano, del obeso o del lisiado. Es la educación sexual disminuida a

una clase de anatomía cuyo enfoque paternalista y heterosexual da vueltas en torno a la reproducción.

Como parte de ese todo, la piel es cobertura y mensajería, un *Hermes* conector del mundo exterior y receptor del universo interior. El órgano sexual más grande del cuerpo es centro de millones de fibras nerviosas que envían mensajes al cerebro los cuales son traducidos en respuestas variadas, desde el simple rubor en las mejillas hasta el aumento en el flujo sanguíneo requerido para la erección o la lubricación vaginal. Asiento de numerosas zonas erógenas, permitirá respuestas sexuales aún en personas discapacitadas.

Incontables corpúsculos receptores de presión, temperatura, dolor, tacto, por decir algunos, enviarán mensajes desde muy temprano en la vida del humano, construyendo poco a poco el esquema de placer en el niño. Sensaciones de agrado o desagradado irán conformando esa estructura humanizante que nos separará de los no homínidos los cuales limitan su sexualidad a una conducta instintiva.

Sin embargo, las caricias son equiparables a las lamidas de seres filogenéticamente inferiores. Y al igual que ellos, secretamos feromonas, captadas por un órgano ubicado en el vómer, que nos permiten sentirnos atraídos hacia ese otro significativo mientras rechazamos sexualmente a los miembros de nuestro grupo familiar, sugiriendo que el milenar tabú freudiano del incesto tiene una base biológica. Buscamos desde siempre el afrodisíaco perfecto y hoy sabemos que su fábrica está en nuestro cuerpo; una prueba más de aquella verdad agustiniana de que no debe buscarse fuera de nosotros lo que desde siempre ha estado en nosotros mismos.

La enfermedad en la piel puede alterar la autoestima, elemento fundamental para una sana sexualidad. Psoriasis, acné, vitiligo son sólo algunas patologías que pudieran causar alteraciones en este ámbito; una verdad intuitiva pero con escasos estudios que la fundamenten, insuficientes habida cuenta de la importancia del comportamiento sexual.

Otras patologías son, en cambio, consecuencia de la propia sexualidad vivida. Virus de papiloma humano, sífilis, gonorrea, virus de inmunodeficiencia y otros, se confabulan para crear un clima poco o nada propicio eróticamente para la relación de pareja. También existen, desafortunadamente, otras enfermedades cutáneas como la epidermolisis ampollar, en que la fragilidad epidérmica limita severamente el necesario contacto.

Enfermedades no dermatológicas en su origen, como las artritis deformantes o la insuficiencia hepática, pueden traer cambios severos en la piel que limitan la sexualidad, afectando la pareja física y afectivamente. El cambio más notorio que desde adentro le hacemos a la piel, un mal del siglo, es la obesidad que conlleva trastornos hormonales, de autoestima y de limitación física. Lo que en la sociedad norteamericana es producto de la sobreabundancia de alimentos, en la nuestra, paradójicamente ha sido por escasez de proteínas, sustituidas ingenuamente por féculas.

El reconocimiento de la erogenicidad de la piel no es tema de biólogos. Las religiones y sus códigos de prohibiciones y hechos pecaminosos han reconocido este potencial y, las más pudibundas han escondido la piel bajo hábitos monacales, velos, y burkas. Y es la mujer toda, la siempre presente Venus de Willendorf, ídolo, fetiche, juguete, diosa, madre, la que será llevada a esconder sus formas nutricias y sexuales.

En sus aspectos más graves esas ideologías represivas, a través de sus improvisados exegetas, se han hecho responsables de la mutilación hoy día de más de 135 millones de niñas y mujeres del mundo, sobre las cuales se practica -en nombre de la religión, la cultura y la fidelidad al hombre- la ablación de sus genitales, desde el clítoris, los labios menores, mayores y parte de la vagina.

En el ámbito puramente cultural, observamos con interés antropológico y criticamos desde nuestra supuesta hiper-civilización la realización de tatuajes inductores de queloides en la población africana, mientras nos pasan bajo las narices nuestros propios adolescentes practicando sobre sus cuerpos piercings y tatuajes. Los labios estirados con platos de la negra África no son al fin y al cabo tan disímiles de los abultamientos labiales siliconados tan de moda hoy en día. En definitiva, cada cultura asigna y reconoce distintos atributos sexuales como parte del proceso de culturización.

La visión genitalista de la sexualidad humana, promovida mediáticamente en grandes operaciones de mercadeo, atosigándonos de objetos, nos ha traído inéditos males, entre ellos, la anorexia, inexistente en culturas de precariedad y miseria. Prótesis mamarias, estiramientos de pene, pieles bronceadas, mantenimiento a como de lugar del peso-forma, son despachados como paradigmas de una sexualidad feliz o, más bien, de una sociedad que autoriza el goce, lo globaliza, lo homogeniza, sin relacionarlo siempre a nociones de felicidad y ni siquiera de placer. Ante estos estándares, se habla por ejemplo de la sexualidad de la tercera edad, no como un capítulo de ese *continuum* que es una vida normal, con sus alteraciones esperadas, sino contrapuesto a ese ideal mediático, dispuesto a solventar fallas a punta de *Viagra* y *lifting*.

Los invito entonces como especialistas de la piel a no desestimar aquellas señales cutáneas que pudieran favorecer o desestabilizar la vida sexual de mujeres y hombres, y a ayudar a sus pacientes a mantener ese justo equilibrio entre el mundo exterior e interior en cuya frontera se ubica justamente la piel, corteza protectora de nuestra humanidad.